

ecuador DEBATE

ABRIL DE 1985

QUITO - ECUADOR



migraciones y migrantes

8

ecuador DEBATE

COMITE DIRECTIVO:

José Lasso, Francisco Rhon Dávila, Lautaro Ojeda, Manuel Chiriboga, Jaime Borja.

CONSEJO EDITORIAL:

Galo Ramón, José Sánchez Parga, Manuel Chiriboga, Francisco Rhon Dávila.

COMITE DE REDACCION:

Andrés Guerrero, Fernando Gutiérrez, Carlos Jara, Iván González, Víctor Hugo Torres, Hernán Rodas, Francisco Gangotena, Carlos Arrobo, José Mora Domo, Antonio Guamán, Adolfo Ruiz.

DIRECTOR:

José Sánchez Parga.

DISEÑO:

José Mora Domo.



CAAP

precio: 200 sucres

Portada: Marcelo Aguirre

1.500 Ejemplares.
Impreso en Talleres CAAP.
Diagramación: V.L.
Fotomec. e Impresión: G. Acosta.
Composer: Gurpo CIUDAD.
Centro Andino de Acción Popular
Quito - Ecuador.

BIBLIOTECA

FLACSO
Ecuador

ecuador DEBATE

NOTAS

1. La Colección ECUADOR DEBATE es una publicación del Centro Andino de Acción Popular CAAP, bajo cuya responsabilidad se edita.
2. ECUADOR DEBATE es una publicación periódica que aparece tres veces al año y cuyos precios son los siguientes:

	Suscripción	Ejemplar Suelto
América Latina	US\$ 10	US\$ 3,50
Otros Países	US\$ 12	US\$ 4
Ecuador	Sucres 550	Sucres 200

(En todos los casos incluye el porte aéreo).

3. La dirección postal de la Revista es: Apartado Aéreo 173-B, Quito, Ecuador, Oficina ubicada en Av. Las Casas 1302 y Arias de Ugarte. A esta dirección deberán enviarse las solicitudes de suscripción, compra de ejemplares sueltos y solicitudes de canje de similares.
4. El material sometido para su publicación (artículos, comentarios, etc.) deberá ser canalizado en la medida de lo posible a través de los miembros del Comité de Redacción.
5. Opiniones y comentarios expresados por los colaboradores son de responsabilidad exclusiva de éstos y no necesariamente de la Revista.
6. El material publicado en la Revista podrá ser reproducido total o parcialmente, siempre y cuando se cite la fuente que le dé el respectivo crédito.
7. El símbolo de la revista es el logotipo del Centro Andino de Acción Popular.

índice

	Pág.
EDITORIAL	5
COYUNTURA. La Política Económica del Gobierno de Febres Cordero <i>Lucas Pacheco</i>	11
ESTUDIOS.	
Las Migraciones Internas en el Ecuador: Una Aproximación Geográfica. <i>Juan León V.</i>	33
Los Flujos Migratorios en Guayaquil. (1962-1974). <i>Alba Arias B.</i>	59
Migración y Cambios en las Estrategias familiares de las Comunidades Indígenas de la Sierra. <i>Luciano Martínez</i>	110
Migración desde un pueblo Serrano: Guaytacama. <i>Simón Pachano</i>	129
ANALISIS Y EXPERIENCIAS	
La Migración Campesina en el Azuay. <i>Hernán Rodas</i>	155

R224 Bw 98/5

Estrategias de Reproducción y migración temporaria. Indígenas de Cajabamba/Chimborazo.

Carola Lentz **194**

Comunidad, Migración y Capital. El caso Tabacundo.

Carlos Orbe y Leopoldo Chontasi **216**

ESTRATEGIAS DE REPRODUCCION Y MIGRACION TEMPORARIA: INDIGENAS DE CAJABAMBA/CHIMBORAZO

Carola Lentz

El manejo del concepto "estrategias de reproducción" o de "sobrevivencia" se ha vuelto casi una moda cuando se trata de analizar el fenómeno de las migraciones temporarias no sólo en vista de los condicionamientos de los mercados laborales, sino tomando en consideración el papel de los actores sociales. No obstante de que a veces el uso inflacionario de esta categoría ha conducido justamente a eludir un estudio preciso de la racionalidad específica de diferentes unidades familiares en su persecución de un determinado "proyecto" de reproducción, el concepto teórico de trasfondo parece hasta ahora el más valioso acercamiento analítico a una realidad sumamente compleja.

En las páginas siguientes quiero presentar los casos de dos unidades domésticas de "campesinos" indígenas que en una u otra forma recurren a la migración. Mi análisis girará en torno del concepto aludido, pero trataré de salir del estrecho marco economicista en que tiende a caer muchas veces la aplicación de dicha categoría. De antemano, me parece necesario hacer algunas observaciones metodológico-teóricas y, además esbozar brevemente el cuadro histórico comunal en el cual se enmarcan los casos familiares presentados.

Proyecto familiar, estrategias de reproducción y migración. Algunas consideraciones teóricas.(1)

No cabe duda que la aguda minifundización, el crecimiento demográfico y la paulatina erosión, el deterioro de la condición campesina, han hecho inevitable para una gran parte de las unidades domésticas de los campesinos parcelarios en la sierra recurrir a la migración tanto temporaria como definitiva para lograr su sobrevivencia. Sin embargo, estos factores de "expulsión" de mano de obra hacia los polos de desarrollo son tan evidentes, que muchas veces encubren el hecho de que en sí no pueden explicar ni por qué la migración y no otras formas de diversificación de las actividades familiares se vuelven en el eje central de la reproducción, ni cuáles son las formas específicas, destinos, temporalidad, tipo de inserción al mercado laboral que adquiere aquella. Si se migra o no, quiénes, a dónde, para cuánto tiempo y en qué condiciones, en fin, las pautas migratorias, no obedecen a un mero mecanismo que derive del deterioro aludido, sino aparece como respuesta familiar y/o comunal elaborada en base de un complejo conjunto de factores.

De hecho, inciden en primer lugar los condicionamientos "objetivos", tanto de la unidad doméstica como de los mercados laborales. Los recursos agropecuarios incluyendo una evaluación familiar de los posibles riesgos climáticos y de comercialización, una suerte de "cálculo de seguridad" de ingresos) y la situación demográfica al interior de la familia determinarán en gran medida el marco de las decisiones sobre quiénes y cuándo migran. Las cambiantes coyunturas de los mercados laborales tanto locales como nacionales, incidirán en el

(1) *Para una más amplia discusión de los problemas aquí mencionados, véase Simón Pachano: "Se fue a volver". Ponencia en el Seminario Internacional sobre Migraciones temporarias en América Latina, Quito Noviembre 1984; Hernán Carrasco: Migrantes pobres de origen rural —el caso de Quito y Guayaquil. Informe final del proyecto de investigación, CIESE, Quito 1985 y —presentando además casos de migrantes: Hernán Carrasco/Carola Lentz: Migrantes. Campesinos de Licto y Flores. Historias de vida, recopiladas y comentadas por Hernán Carrasco y Carola Lentz, Quito 1985.*

dónde, bajo qué condiciones y, también, para cuánto tiempo los migrantes se incorporarán al mundo "otro". Mientras p.e. hasta los años 60, el trabajo como asalariado rural en las áreas de plantación de la costa se presentó como la casi única alternativa, y a fines de los 60 y durante los 70, surgió la posibilidad de una inserción más estable en el mercado urbano de trabajo, debido al rápido crecimiento de las ciudades y ciertas industrias tras el auge petrolero, la actual coyuntura parece estrechar los espacios asequibles para los migrantes campesinos, y, por ende, la migración tiende a volverse más temporal.

Sin embargo, en la determinación de las pautas migratorias, también otros factores se hacen pertinentes. Las familias, y la comunidad en la cual se encuentran enmarcadas, construyen a lo largo de los años una suerte de tradición colectiva que incide en lo que podríamos llamar "horizonte migratorio". El individuo no se lanza al azar a la migración, sino como participante en redes colectivas de información y valorizaciones respecto a ciertos lugares de destino y determinados segmentos del mercado laboral. En la comunidad estudiada, la migración "pionera" se inició en los años 20 y 30, dirigiéndose —siguiendo las estaciones del ferrocarril o impulsados por el "enganche"— hacia las áreas rurales de la Cuenca del Guayas, hasta llegar al ingenio azucarero San Carlos. Sucesivamente, la migración estacional a la "zafra" se volvió costumbre colectiva, y hasta un cierto "rito de iniciación" para los jóvenes. Incluso cuando en años después se abrieron las nuevas posibilidades de inserción al mercado laboral urbano, San Carlos seguía siendo el exclusivo destino de migración para los comuneros. Sólo a fines de los años 70, a través de varios mecanismos —lazos matrimoniales con comunidades vecinas de otra trayectoria migratoria, información a través de la pertenencia de algunas familias a una iglesia evangélica— nuevos "pioneros" empezaron a aventurarse por las urbes de la costa y a convertirse en negociantes ambulantes. En la actualidad, los nuevos destinos de la migración han asumido casi mayor importancia que San Carlos, y, especialmente entre los jóvenes, se ha difundido la opinión, que sólo los "menos vivos", los que no "quieren superar", continúan laborando año a año en el ingenio. A la vez, el nuevo horizonte migratorio ha conducido a nuevas pautas de migración, a más complejas formas de temporalidad y a la incorporación de nuevos actores. Ahora, muchas veces también las mujeres, tanto solteras como casadas, salen de la comunidad rumbo a la costa.

No sólo estos elementos de tradición migratoria sino también lo que podríamos llamar "proyecto" familiar de reproducción incide en la forma como la unidad doméstica organiza sus actividades. En primer lugar, hay que destacar que en ninguna manera se reproduce la mera sobrevivencia "física", sino un conjunto de prácticas socio-económicas y culturales. Esto, a su vez, no es una entidad estática o ahistórica. Lo que se reproduce en la actualidad no es lo que se reproducía hace cincuenta o incluso hace sólo diez años. En parte, tras la misma experiencia migratoria y una cierta ideología "civilizadora", se han incorporado nuevos elementos a la autoconcepción de la reproducción —cierto tipo de casa, de comida, de vestimenta— los cuales, por lo general, conllevan una mayor monetarización de la economía familiar y, así, hacen aún más inevitable los ingresos provenientes de la migración. Al lado de las cambiantes pautas de consumo — y también nuevas exigencias por actividades comunales como cuotas para una casa comunal, luz eléctrica, nuevos tipos de fiesta, etc., en base de una reconcepción de la comunidad⁽²⁾ — parece que existe una suerte de decisión deliberada de las familias para uno y otro "proyecto" en torno del cual organizan las estrategias de reproducción. Mientras unos núcleos familiares optan por una ampliación de sus bases campesinas a toda costa, y otros se deciden por una "descampesinización" y más definitiva inserción al ámbito urbano, algunas unidades domésticas destinan sus recursos a la educación de los hijos, quienes como futuros "profesionales" realizarán un proyecto diferente de reproducción. La elaboración de un tal proyecto familiar parte, por supuesto, de los condicionamientos "objetivos", se enmarca en el cuadro de las valorizaciones colectivas. Sin embargo, parecen viables varias alternativas en este marco, lo que nos remite al peso de específicas tradiciones familiares, experiencias personales y "rupturas" como muerte, enfermedad, brujería u otras.

Para captar un máximo de este conjunto de determinaciones, se ofreció presentar un estudio detallado y multifacético de casos familiares antes de abarcar un análisis más general. Sin embargo, tratamos de elegir casos en alguna medida "típicos" para diferentes situaciones familiares respecto a los recursos agropecuarios y demográficos, y

(2) *La redefinición del espacio comunal tras la migración es de suma importancia. Sin embargo, no se podría tratar aquí con la debida detención, y sería objeto de otro trabajo.*

para diversos proyectos y estrategias de reproducción, aunque —en honor a la verdad— incidió también la más íntima relación con algunas familias en la comunidad estudiada que parecía imprescindible para lograr la información necesaria en la tarea emprendida. Además de mostrarse inevitable tratar, más allá de la familia nuclear, también las redes ampliadas de parentesco, se ha seguido la trayectoria familiar no sólo de una sino, donde fue posible, de varias generaciones, porque justamente este trasfondo histórico permite estudiar lo que me interesa: las modificaciones de los proyectos y estrategias de reproducción en el transcurso del tiempo, bajo la influencia de cambiantes condicionamientos “objetivos” y de la incorporación de nuevos valores.

El marco comunal: de huasipungueros a migrantes

Mucho de la historia y actual situación de la comunidad en estudio se reflejará en los casos familiares que siguen, de manera que me limitaré aquí a lo necesario para una mayor comprensión del cuadro en el cual se enmarcan estas unidades domésticas.

La comunidad, a 23 km de Riobamba, perteneciente a la parroquia Cajabamba en el cantón Colta, provincia Chimborazo, se encuentra rodeada por el ferrocarril a un costado, la panamericana por el otro, y el pueblo mestizo de Balbanera en la cabecera —una ubicación geográfica que facilita los desplazamientos migratorios y una temprana incisión del mundo “otro”.

Hasta los años 60, la economía doméstica de la mayor parte de los habitantes estaba inscrita a través del huasipungo. Sólo la pequeña hacienda —120 hectáreas— sufrió su primer fraccionamiento ya en los años 20, cuando los cinco herederos del ese entonces dueño empezaron a vender las primeras parcelas a los campesinos. En los años 40, se consolidó la dominación patronal, cuando uno de los herederos y un comprador se repartían las restantes 100 hectáreas y se encargaron de una producción agrícola y lechera más rígidamente organizada en base de relaciones precarias. Mientras una buena parte de las familias subsistía en condiciones de huasipungueros, otras acudían sólo eventualmente al trabajo en la hacienda y poseían sus propias parcelas.

Eran estas últimas familias y los "allegados" los que más temprano se lanzaron a la migración; muchas veces con el fin de conseguir dinero para la adquisición de tierra. La hacienda no funcionaba aquí como retenedor de mano de obra. Parece más bien, que los dueños de la tierra no impedían la migración, estando quizá interesados tanto en el ingreso monetario por la venta de parcelas como en la obtención de una renta de trabajo. Además se podían proveer de mano de obra aprovechando las obligaciones que tenían con ellos huasipungueros de otras haciendas en su poder. Organizaban el sistema de obligaciones, incluso para los huasipungueros de la comunidad estudiada, de una manera que permitía una limitada migración: la mujer o cualquier familiar adulto del huasipunguero titular podían cumplir con los cuatro días semanales de trabajo obligatorio, y la presencia del jefe de la familia se requería únicamente durante la huasicamía alrededor de dos meses al año.

Así, ya desde los años 20 y 30, se iniciaron reducidos flujos de migración hacia labores de mantenimiento del ferrocarril y trabajo en fincas, luego plantaciones de la costa. Cuando en los años 50 ya no se repartían nuevos huasipungos, y más aún en los 60, cuando el terrateniente empezó a expulsar a los huasipungueros para evitar posibles reclamos en base de la reforma agraria, la migración estacional de los hombres hacia la zafra se hizo masiva. Mientras algunas familias lograron un relativamente exitoso proceso de "recampesinización", aunque tanto por necesidad económica como por tradición seguían migrando; la mayor parte de los moradores no cuenta con más de dos solares de terreno, las parejas jóvenes muchas veces confrontadas con la absoluta falta de tierra. Son las familias con temprana independencia de la hacienda —y, por ende, más libertad de determinar sus pautas de migración— que lograron proveerse de alguna base para la reproducción campesina, mientras los que sólo a partir de los 60 recurrían al ingenio San Carlos no estaban en capacidad de aprovechar el ampliado mercado de tierra, por falta de ahorros provenientes de una migración previa.

Actualmente, los precios de las parcelas —una cuadra, aún sin riego, se vende a más de S/. 500.000— son casi prohibitivos para cualquier intento de "campesinización". Mientras en los años 60, cinco años de ahorros del trabajo en San Carlos alcanzaban para adquirir una cuadra en la sierra, son ahora más de 25 años que

tendrían que invertirse. Además, la creciente erosión y repetidas heladas y sequías debilitan aún más las condiciones de la producción agrícola. De esta manera, para una gran parte de las familias la parcela ha pasado a un segundo plano mientras la migración de una ahora compleja temporalidad, muchas veces incorporando más de un miembro de la unidad doméstica, se ha vuelto el eje central de la reproducción. Los ingresos provenientes del trabajo migratorio en San Carlos o de actividades comerciales en diferentes urbes de la costa (Guayaquil, Machala, Quevedo, Babahoyo y Portoviejo) a menudo no se destinan a una consolidación del recurso tierra sino a inversiones en el mismo comercio, a la construcción de casas al estilo urbano en la comunidad o, en algunos casos, a la educación. Aparte de unas pocas familias con una migración casi definitiva y sólo débiles lazos con el lugar de origen, los migrantes mantienen firmes vínculos con la familia y la comunidad. Frecuentes, aunque cortos retornos y un continuo flujo de información y remesas de dinero o productos entre costa y sierra caracterizan la vida diaria. Así, en cierto sentido, se podría hablar de trabajadores o comerciantes "costeños" con residencia e identificación rural-serrana.

La comuna como entidad jurídica se formó hace sólo diez años, cuando los abusos del terrateniente aún después de la abolición de las relaciones huasipungueras —que sin embargo seguían vigentes en forma encubierta para algunas de las 60 familias— provocaron por primera vez una oposición colectiva debido a la iniciativa organizadora de un líder evangélico. La vida comunal, en el sentido de una corporación socio-política más allá de las redes de parentesco, se reducía a ocasionales mingas de limpieza de caminos o construcción de una vía más de acceso y de una acequia. Hace un año, se organizó la construcción de una casa comunal con tienda y panadería. Esta, por su "espacialización" de los lazos extrafamiliares, funciona como cierto eje unificador de las familias que tienden a dispersarse por sus diferentes destinos y desiguales temporadas de migración. En la actualidad, la "comuna", pese a numerosos conflictos entre las varias redes de parentesco, se ha vuelto una instancia de identificación y pertenencia, hecho que fortalece los vínculos de los migrantes con su lugar de origen.

Entre migración definitiva y campesinización. El caso de las familias de Juan y de Francisco.

Juan y Francisco, los dos hermanos que tomo como eje central para este caso, de 24 y 26 años de edad, arriba casados, parecen en su manera de actuar y sus aspiraciones como transeúntes o mediadores entre dos diferentes proyectos de reproducción; entre una migración más definitiva y una estrategia de recampesinización que vuelve la migración más temporal y en mera fuente de un ingreso adicional a lo que proviene de la parcela serrana. Los hermanos dominan dos códigos culturales, y se desenvuelven ágilmente tanto en el mundo de la comunidad como en el medio ambiente costeño, hablando el castellano con todas sus connotaciones de "coba". No es casual, que Francisco tiene como apodo "el mono", y que Juan, en fiestas de la comunidad, se viste de traje y prefiere bailar la cumbia antes del sanjuanito. Pese a esta demostración de su nexo con el mundo costeño, se identifican igualmente con el ámbito de la comunidad. Esto se manifiesta tanto en su seguro retorno para cualquier fiesta o para su participación en las obligaciones de reciprocidad como en su activa preocupación para la vida comunal, habiendo cumplido ambas funciones en el cabildo. Por un lado, forman parte de redes de migración definitiva que les sirven de punto de llegada y apoyo en su migración temporaria, y, por otro lado, a través de lazos matrimoniales, son incorporados a familias "campesinas" y las estrategias de aquellas.

Esta doble afiliación tanto económica como cultural de Francisco y Juan parece tener sus raíces en las tempranas rupturas y casi disolución del núcleo familiar paterno. Alrededor de 1950, Melchior, el padre de los hermanos, nacido en una comunidad vecina, viene a vivir con su esposa, María, última hija de una familia huasipunguera. El padre de María ya había muerto, y como los otros tres hijos varones trabajaban en el ingenio San Carlos —uno como obrero estable, los otros temporalmente, pero ya formados sus propios hogares en la comunidad— quedaban sólo la madre, que poco después también se murió, y María para cumplir con las obligaciones con el terrateniente. Cuando Melchior, poco después del matrimonio, compró un solar de terreno en la comunidad de María, se terminaron las relaciones con la hacienda. Melchior trabajaba como jornalero

temporal en el ingenio Chobo y después en San Carlos. En 1962, dos años después de haber nacido el último hijo, María muere a causa de "brujería" de un vecino que le culpó haber robado un choncho —así al menos la versión compartida por los moradores. La hija mayor, Rosa, cuida a los hermanos menores mientras Melchior sigue migrando la mayor parte del año para mantener a la familia. Seis años después de la muerte de María, se casa de nuevo, con una viuda de su comunidad de origen que viene a vivir con él, siendo sus hijos del primer matrimonio ya casados.

Cuando en 1979 muere Melchior, también por "brujería" del mismo vecino, la familia se disuelve. La madrastra regresa a vivir a la comunidad vecina. El hermano mayor, Pedro, ya había migrado definitivamente desde hace muchos años, trabajando primero en una finca cacaotera en San Antonio, donde contrajo matrimonio con una costeña, y después en el ingenio San Carlos. En Naranjito, compró terreno y construyó una casa. También Rosa ya se había independizado de la casa, casándose con un indígena de una comunidad vecina. Pocos años después del matrimonio, Rosa le acompaña a vivir permanentemente en Durán, donde la pareja abre un próspero negocio de abarrotes en el mercado y construyó una casa, adquiriendo terrenos en las afueras de Durán. Pedro, más vinculado a la familia de su mujer que a su padre, viene ocasionalmente "de visita", mientras Rosa, cuando vuelve a la sierra, llega a la comunidad de su marido donde también hicieron una casa, casi no utilizada. Son Francisco y en menor medida Juan los que se hacen cargo de los terrenos del padre aún no repartidos. La poca frecuencia del retorno de Rosa y de Pedro parece condicionada tanto por su incorporación al trabajo y negocio en la costa —Rosa puede salir del puesto de venta sólo cuando hay reemplazo mientras Pedro tiene que regirse por las exigencias del empleo estable— como por la disolución de la unidad doméstica de sus padres.

Tanto Melchior, cuando todavía vivía, como Rosa y Pedro, incentivaron la también temprana migración de Francisco y Juan. Egresado de la primaria, Francisco se fue a vivir donde su hermano Pedro y trabajó como jornalero agrícola en San Antonio. Después, consiguió un empleo estable como ayudante de tractorista en el ingenio Chobo, donde ya estaba trabajando su hermano Juan al cual había llevado el padre. Con el tractorista, un milagreño, Francisco

estableció lazos de amistad y, en una medida poco común entre migrantes indígenas, se incorporó a la vida social "costeña". "Casi me casé con una de allá", manifiesta, recordando con cierta nostalgia los años de "soltero" cuando "gozaba la vida". Poco después regresó a la sierra pero, sin embargo, contrajo matrimonio con una joven de la comunidad con Juana. La conoció en uno de sus "rodajes" por la costa, visitando a su hermano Pedro, cuando ella vivía temporalmente en Naranjito, ayudando a su hermana mayor que trabaja durante las temporadas de la zafra como cocinera, acompañando a su marido. Mientras Francisco aspiraba a que Juana le siguiera a Chobo —él trabajando como tractorista, ella como cocinera— Juana se negó a tal proyecto. Aunque manifiesta que era por "los moscos y las enfermedades" que en Chobo abundaban más que en San Carlos, parece más bien que sus lazos familiares eran la razón de fondo. Juan consiguió trabajo para Francisco en San Carlos —aunque sólo de jornalero eventual—, a través de un "palanque" de un tío.

Juana es la última hija de una familia huasipunguera. Su padre, que trabajaba en San Carlos, había muerto poco después de que ella nació, por tuberculosis —una de las más comunes causas de defunción entre los migrantes a la zafra. La madre de Juana seguía en relaciones precarias con el terrateniente, hasta hace un año, y vivía, además del usufructo de pasto, paja y raciones en las cosechas del patrón, de la producción en una cuadra de terreno adquirido durante los últimos años de vida de su marido. Mientras dos hermanos varones se han independizado ya desde hace algún tiempo, y la hermana, que tiene casa aparte, acompaña a su marido durante la zafra, con la otra hermana, Carmen y Juana quienes sobre todo se hacen cargo de las labores en las parcelas no sólo de la madre sino también de la hermana cocinera. Las dos hermanas y la madre viven en la casa de Carmen y su marido que durante casi todo el año trabaja con negocio en Guayaquil. Para comprometerles más con las tareas agrícolas, la madre ya entregó un retazo de terreno tanto a Carmen como a Juana.

El papel que Juana cumple en la división de trabajo familiar además de que sus dos hijos tiernos le hacen menos propuesta a la migración conduce a que Francisco vuelve ahora, a diferencia de su vida de soltero, con más frecuencia a la comunidad, para participar en las tareas agrícolas de la suegra además de las que realiza en su parcela y en la de sus hermanos, para "descansar". Con el matrimonio, Francisco, que vivía casi como huérfano, se vinculó de nuevo con un nú-

cleo familiar de firmes raíces en la comunidad que en cierta medida inciden en sus pautas de migración. Los frecuentes retornos se hacían factibles desde que hace dos años salió del trabajo en San Carlos —la temporada de la zafra coincide con los picos del ciclo agrícola de la zona de Colta— y volvió a su principal ocupación lo que antes había sido sólo un complemento después de la cosecha de caña: el negocio ambulante con legumbres. Una de las razones explícitas para este cambio era justamente que el negocio le permitía mayor flexibilidad temporal, además de la incisión de las valorizaciones colectivas que los comerciantes son más “vivos” y menos explotados que los zafreiros. Ahora, Francisco migra por lapsos de tres o cuatro meses a Durán, donde alquila un cuarto en la casa de su hermana. A cambio de ayudarlo en la tienda, después de acabar la propia venta a mediodía, recibe comida gratis. Regresa a la comunidad, algunas semanas en cada viaje, cuando se necesita su colaboración en la cosecha o la siembra y cuando considera haber ganado lo suficiente para llevar unos quintales de arroz o de azúcar y dinero ahorrado a la casa. Juana, cuando lo permiten las obligaciones en la sierra, visita ocasionalmente a Francisco en Durán, no tanto para ayudarlo en la venta sino más bien para “cuidarle” para que no “chúpe” y para que no se repita la experiencia amarga de los recién casados cuando Francisco se largó durante más de medio año con una amante y Juana, por su vez, contestó con la convivencia temporal con un hermano soltero de un cuñado en Naranjito.

Por cual futuro proyecto de reproducción la pareja optará, parece todavía indeciso. Por un lado, Francisco se inclina hacia una mayor “campesinización”, y compró con crédito y propios ahorros media cuadra de terreno y una casa en la comunidad. Por otro lado, tanto inspirado por el miedo de no poder pagar el crédito como motivado por el obvio éxito de su hermana y su propia experiencia de ser “vivo” en el negocio, vacila con el plan de vender lo recién adquirido e invertir sus ahorros en el comercio, adquiriendo un puesto fijo de venta. Eso condicionaría nuevamente una migración más permanente y, probablemente, la migración también de Juana. Sin embargo, a ella no le gustaría vivir en la costa, aunque manifiesta estar dispuesta a “obedecer lo que el marido manda”, y además, como última hija, se ve bajo cierta presión por parte de su madre de seguir con la producción campesina y apoyarle cuando ésta por vejez no podrá trabajar.

La biografía de Juan parece, inicialmente, muy similar a la de Francisco. También él, recién cumplido los 15 años, sale de la comunidad, "porque mucho le maltrataba la madrastra" acompañando a su padre primero al ingenio Chobo y luego a San Carlos. Sin embargo, regresa con más frecuencia que su hermano a la sierra porque sigue ayudando en las parcelas de la familia. Sólo después de la muerte de su padre y cuando Francisco se encarga de los terrenos, los lapsos de migración de Juan se vuelven más largos. Año tras año labora en San Carlos, donde vive en la casa de su hermano Pedro, y, después o antes de la zafra, trabaja donde un tío quien hace unos veinte años adquirió una finca de más de 30 hectáreas en La Isla, cerca de Naranjito. Trabajando como comerciante de legumbres entre costa y sierra, pronto con carro propio, este tío instaló una próspera tienda en La Isla y, cuando la finca estaba de venta, a un precio muy inferior a los de la zona de Colta, invirtió todas sus ganancias y emprendió una producción agrícola diversificada que combina con su negocio. Emplea algunos jornaleros, entre ellos un hermano suyo y, durante algunos meses al año. Juan, a quien además de pagar el jornal y dar la comida, regala, cada vez que éste regresa a la sierra, algo de productos o una gallina o un chanco.

Los regalos del "tío rico" son, hasta la actualidad, la única pertenencia propia de Juan y su esposa María con quien se casó hace tres años. Igual que Francisco, Juan vive, cuando para en la comunidad, allegado a la casa de su mujer. María, nacida en 1962, es la segunda hija de Baltazara, que proviene de una familia huasipunguera con numerosos descendientes, algunos de ellos viviendo permanentemente en la costa, y de Manuel, que, nacido en una comunidad vecina, vino a vivir con los suegros. Manuel había trabajado, ya desde los ocho años de edad, con unos patrones riobambeños en un negocio de ropa en Quito, y cumplidos los catorce años, como jornalero en San Carlos. Cuando en los años 60, se disolvieron los resíduos de la hacienda, Manuel, sin ninguna herencia por parte de sus padres o de los suegros, empezó a comprar terrenos y logra consolidar una base campesina de reproducción. Su esposa se encargaba del trabajo en las parcelas mientras él seguía trabajando en San Carlos.

La primera hija, Ana, nacida en 1955, se casó a los 20 años de edad y muy pronto se independizó de los padres. Vive con su marido durante casi todo el año en Machala, donde trabaja con un negocio ambulante de legumbres, ligados a una tía que, habiendo migrado

definitivamente con su marido, opera allá una bodega de papas. Últimamente, el esposo de Ana adquirió unos retazos de terreno y construyó una casa en la comunidad. Cuando la pareja, algunas veces al año, vuelve a la sierra, casi no ayuda ni en los terrenos de la familia de Ana ni en los del marido. Más bien son Baltazara y la hermana María las que se encargan de las parcelas de ellos, además de cuidar dos de sus cinco hijos, apoyo para el cual reciben remesas de dinero y de productos desde la costa.

También José, hermano menor de María, migra desde hace algunos años a Machala, inicialmente ayudando a la tía, después trabajando negocio propio y de igual manera, Martín, el cuarto hijo, saldrá a Machala cuando egrese de la escuela. Los últimos dos hijos son demasiado jóvenes para apoyar mucho al trabajo agrícola, así que María, además de Baltazara, se encarga tanto de la producción parcelaria como de la educación de su propia hija, los hermanos menores y los hijos de Ana.

Desde que adquirió últimamente más terrenos y desde que María pudo asumir un papel central en el trabajo familiar, Manuel salió de San Carlos y trabaja ahora también con negocio de legumbres, aprovechando sus lazos familiares en Machala. Aunque actualmente pasa menos tiempo en la comunidad que antes, el negocio le permite determinar más libremente sus temporadas de ausencia de la casa, y la familia combina con mucha flexibilidad las salidas y los retornos de sus miembros, aprovechando al máximo la fuerza de trabajo familiar disponible. Así, cumplen tanto con las exigencias de la producción campesina como logran mayores ingresos por el trabajo migratorio. Cuando su yerno pasa uno o dos meses en la sierra, también Baltazara sale y colabora con su marido en Machala; mientras María, a lado de Juan, se responsabiliza de la casa, las parcelas y los animales. Cuando Manuel regresa a la comunidad, María viaja para ayudar a su marido en la finca del tío o a visitarle por algunos días en San Carlos. Estas visitas —no sólo de María sino de muchas mujeres de migrantes, como se vio en el caso de Francisco sirven para mantener una continua comunicación y, sobre todo, para traer dinero y/o productos a la sierra. Son una estrategia con la cual se evitan pérdidas por robo y con la cual las mujeres ejercen control sobre los gastos de sus maridos en la costa.

Pese a las frecuentes visitas de María a la costa, no es probable

que su migración se vuelva más permanente. Por un lado, está incorporada a la producción parcelaria de su familia, y por otro lado, la ocupación de Juan como asalariado rural no permite fácilmente encontrar un papel complementario y eficiente para la migración femenina. También Juan ha "probado" su suerte como negociante, pero —a diferencia de su hermano— se decidió para el trabajo en San Carlos "hasta donde el cuerpo avance. . .". Prefiere la seguridad de los ingresos como jornalero— además goza del seguro social y de diversas bonificaciones por parte del ingenio—antes del riesgo diario— aunque quizá con mayor retribución— del negocio. "No me enseñó en el negocio, es trabajo de vagos. . .", manifiesta, mientras sus compañeros comerciantes le califican como "casi pobre" que no aprovecha de las posibilidades de "superar" y ganar más. Hasta ahora, Juan no compra terrenos, pero ahorra una parte de sus ingresos para en el futuro construir una "casa buena" que, así calcula, le costaría unos S/. 200.000 —monto que consumirá los ahorros de muchos años de trabajo. Cuando se independizará de los suegros, adquiriendo quizá unas parcelas además de la herencia a esperar, seguirá probablemente la pauta de reproducción familiar que más tradición tiene en la comunidad: el marido trabaja casi exclusivamente como asalariado rural, logrando un ingreso que abastece las necesidades monetarias de la familia sin permitir una mejor consolidación de la condición campesina, mientras la mujer mantiene la producción parcelaria en la sierra que no sólo constituye la base de la reproducción diaria sino también una seguridad en contra de las vicisitudes del mercado laboral y un vínculo firme con las redes de reciprocidad en el mundo comunal.

"Trabajo sólo para la educación de mis hijos". Hacia un nuevo proyecto de reproducción: el caso de la familia de José.

Los Pilamungas son, en muchos sentidos, una familia "pionera". José, el jefe de la familia, de 50 años, padre de ocho hijos, era el primer migrante de la comunidad que regresó de San Carlos vestido de pantalón y poncho de "gualoto", al estilo de los mestizos. "Hijo de quién es éste?" le preguntaron a Manuela, la entonces joven esposa, desaprobando el cambio cultural. José era el primer comunero en construir una casa con techo de zinc, y aunque hoy comenta: "No me dieron nadie idea para hacer una buena casa de cemento armado;

desperdié en eso S/. 30.000 —como ahora gastando unos S/. 300.000—, sobre todo en chupe, en comida. . . me endeudé. . .”, la familia sospecha que era esta casa “moderna”, destacando entre las chozas de adobe y paja, la que despertó la envidia y brujería de una vecina (mujer del brujo del caso anterior), resultando una prolongada enfermedad de José. Era también el primero de mandar a sus hijos a la escuela, pese al murmullo de “la gente” y la crítica abierta del terrateniente. Su hijo mayor, de 22 años, Pablo, era el primer joven de la comunidad a seguir el colegio y, después del servicio militar, la “Normal Superior de Colta”, de la cual recién egresó como profesor bilingüe. Y, para añadirlo como anécdota, los Pilamungas son también la primera familia de la comunidad que coge a una “gringa”, la autora, como comadre.

Pese a este “pionerismo” sobre todo cultural, y no obstante de que muchos comuneros les cuentan entre las cinco familias que “más tienen”, los Pilamungas ven la trayectoria familiar como un ascenso frenado por “fracasos” imprevistos —enfermedad, muerte, brujería. Ambos elementos —el pionerismo y las rupturas— tienen sus antecedentes ya en la historia de los padres de José y Manuela. “Mama María”, la madre de José, nació en 1905 como hija de una familia huasipunguera de una hacienda vecina. Sus padres eran dueños de un considerable rebaño de borregos, además de chanchos y ganado —única vía de acumulación que en ese entonces permitía el sistema hacendatario. Cuando María tenía seis años, muere su papá— de intoxicación alcohólica después de una disputa matrimonial— y la madre, poco después, se casa de nuevo. “Si mi papá no hubiese muerto, hubiese comprado todo este terreno” —dos cuadras que ya tenía en promesa de venta— “y hubiéramos sido una de las mejores poseídas familias de aquí. Pero todo lo que tenía mi padre, el padrastro terminó vendiendo, y a los borregos robaron las mismas hermanas de él”. Así, la muerte del padre causa una ruptura en el proyecto de independización de la hacienda, y María sufre, tanto por parte del terrateniente como por parte de su padrastro una explotación asfixiante. Para poder controlar más tiempo su fuerza de trabajo, el padrastro trata de impedir su matrimonio. Sin embargo, a los 22 años María se casa con Pedro, hijo de una familia huasipunguera de la comunidad en estudio, que “no tenía nada, sólo una vaca trajo”.

Pese al despojo de buena parte de su herencia por el padrastro,

María todavía recibe un dote respetable —“Yo vine con un bulto grande de ropa, nueve borregos, un ganado, chanchos y gallinas. . .” que permite que la joven pareja aproveche la coyuntura favorable de las ventas de parcelas en los años 20. Inspirado por un vecino que les aconsejaba: “Pedrito, no anden sufriendo en la hacienda! El niño Federico está vendiendo. . . compremos por lo menos para las casas!”. Pedro, “pionero” de un proyecto de independización de la hacienda, compra un solar con el dinero de la venta de los animales de María y erige la casa. Se lanza a la migración, entre los primeros migrantes de la comunidad, rumbo a la costa, trabajando desde entonces dos o tres meses al año en labores agrícolas, finalmente en San Carlos.

Las rupturas en ambas familias —la muerte temprana tanto del padre de María como del de Pedro— y el “pionerismo” de Pedro condicionan que los recién casados se vuelvan un núcleo central de la unidad doméstica. La madre de Pedro viene a vivir con la pareja hasta su muerte, además de una hermana —después de poco tiempo morirá— que casi “sirve” a los esposos, otra hermana que pronto se casa y un hermano que trabaja en Riobamba donde una familia “gringa”.

María y Pedro aspiran a adquirir más terrenos, pero varios frenos inciden en este plan. “Teníamos que comprar poco a poco, continuamente. Pero por falta de dinero, no podíamos comprar tanto: los animales no se vendían a alto precio y no teníamos en dónde fiar. Si no, hubiésemos comprado más. . .”. Después de algunos años de trabajar temporalmente en la costa, Pedro se enferma con paludismo tiene que gastar en su curación —varios viajes a Baños— y luego cambiar el lugar de empleo. Hasta su muerte en 1972 —después de un año de hospitalización muere de tuberculosis que le debilitaba ya durante algunos años— trabaja durante todas las semanas con una “patrona” en Riobamba, cocinando manteca. Allá recibe una remuneración bastante menor de lo que hubiera ganado en la costa. Además, una buena parte de sus ingresos no emplea para el proyecto de campesinización sino para cumplir con obligaciones sociales en la comunidad. Durante cinco años “pasa la vara” (alcaldía), gasto considerable que asume en parte voluntariamente dentro del sistema de prestigio y en parte bajo la presión del regidor indígena quien siempre elegía a los “que tenían un poco más”. También la continua debilidad física de María —ella lo interpreta como resultado de la brujería por parte de su padrastro a quien atribuye también la muerte de su primera hija— incide en el ascenso económico proyectado. No sólo la familia gasta

repetidas veces para un sinnúmero de curanderos, sino que también la disminuida capacidad de trabajo de María hace difícil laborar las parcelas de una manera más eficaz. Sin embargo, hacia finales del ciclo demográfico de los esposos, habían adquirido casi tres cuadras de terreno y se mantenía un rebaño de más de 60 borregos, dos vacas y algunos chanchos —propiedad que les colocaba entre las familias más poseídas de la comunidad.

“Pedro no trabajaba nada en la casa”, manifiesta María. Mientras sus hijos estaban en edad tierna, los terrenos adquiridos no pasaban de un poco más de una cuadra y se ayudaba con la mano de obra de la suegra y la cuñada soltera allegadas. Después de la muerte de las dos, poco a poco, el hijo mayor, Nicolás, nacido en 1929, después la hija Josefa y luego José se incorporaron al trabajo familiar. “Pero el José, todavía pequeño” de 15 años, “ya se fue también a la costa. El mismo se fue, escondido, y desde ahí ya no regresó. Dijo que cobraba igual que los mayores, parándose encima de una piedra. Y mi marido estaba contento que cobraba igual que los mayores. . . Y después, se fue el otro hermano, el Miguel” —nacido en 1943— “y a éste le dijo mi marido: éste ya no ha de regresar a la casa ni a ver a su madre ni se ha de recordar. Y casi ha sido la justa razón. Cuando mi marido se murió, el José había dicho al Miguel que vayan juntos al entierro, pero el Miguel le contestó que vaya solo él!”. Tanto José como Miguel no apoyan con su mano de obra a la producción parcelaria. Pero mientras Miguel ni aporta con remesas de dinero o productos desde San Carlos y El Triunfo, donde trabaja en la zafra y como cargador en piladoras de arroz durante todo el año —todavía es soltero y se comenta que “anda desperdiciando todo en chupe y en mujeres”—, José manda regularmente hasta cuatro quintales de azúcar y de arroz además de los ahorros en dinero a la casa. La escasez de mano de obra en las parcelas de Pedro y María, después de que se casó Josefa (quien todavía apoya con “presta mano”), se resolvió que Manuela trabaja mucho para la suegra, a cambio de una parte de las cosechas, y que Nicolás, al que todos consideran como un poco “tonto” (Nicolás es bueno para todo. . .) no migra y tampoco se casa. “Su tío Alfonso le llevó una vez al trabajo en Quito, pero llegó llorando a la casa y dijo que el Alfonso le quitaba todo lo que ganaba. Así que al morir, mi marido le aconsejó al Nicolás: no te vayas a ninguna parte con ningún otro, mientras no es bien confiable. Viva tranquilo, trabajando con tu madre en la tierra!”. Así fue, y en la actualidad, tam-

bién Lorenza, la hija mayor de José, todavía soltera, vive y trabaja con María y Nicolás, en calidad de "Huiñachishca" —decisión que tanto resuelve la necesidad del trabajo femenino en la casa de María como el problema económico que para José significa tener ocho hijos dependientes.

José se casó a los 18 años, después de haber trabajado ya más de tres años en San Carlos. Durante los primeros diez años de su matrimonio, la pareja vive allegada a la casa paterna. La primera hija, la única que muere, nace seis años después de la boda, seguida luego, cada tres o cuatro años, por los ocho hijos e hijas más, todos concebidos en época de Carnaval; la única temporada que José pasa en la sierra. En 1962, José toma una decisión fundamental para la trayectoria futura de la familia. Los padres de Manuela se habían radicado definitivamente ya desde hace algunos años en Naranjito, adquiriendo allá una casa, después de que Casimiro, padrastro de Manuela, encontró empleo estable en el ingenio San Carlos. Su mujer le había seguido a la costa cuando se enteró que estaba viviendo con una amante. Para complementar los ingresos del ingenio, la familia empezaba a operar una chichería —luego la pierden por robo a la cual acudían muchos migrantes indígenas de San Carlos. Presionaban a José de también aceptar empleo estable —en los años 50, en base de una amplia demanda de mano de obra, no era difícil conseguirlo— y trasladarse con su familia a Naranjito para que Manuela ayudara en la chichería. José, indeciso porque "no se llevaba mucho con los suegros", se decidió finalmente seguir con una migración sólo temporal y tener esposa e hijos en la sierra, cuando su padre, queriendo mantenerle ligado a su núcleo familiar, le entregó un solar de terreno para que haga la casa. Así, José construye su casa en la comunidad —la causa de su prolongada enfermedad. Es sobre todo ésta, que durante muchos años le impide adquirir más terrenos. Incluso, de los dos solares que poseía —uno entregado por su padre, otro como herencia de Manuela— vende uno para sufragar los gastos para su curación. Además de que la enfermedad consume los posibles ahorros, en San Carlos tiene que conformarse con trabajo de día, sin poder entrar al corte de caña, trabajo a destajo, donde se puede ganar el doble que en las labores de cultivo. Desprovisto de una sólida base para una producción campesina, la familia se ayuda con las "raciones" que recibe del "presta mano" en las parcelas de los familiares más cercanos y con la producción de

los terrenos que la madre de Manuela mantiene en la comunidad, encargando a la hija de sólo una pequeña parte de las cosechas. Es sobre todo el salario de José, quien además de trabajar durante las zafras en San Carlos prolonga su estadía en la costa con trabajos en piladoras de arroz en El Triunfo, que sustenta a la familia y cubre los gastos monetarios, las compras semanales en el mercado, ropa y útiles de escuela. Aún cuando en 1975 y 1980 se adquieren unos retazos de pasto que permiten mantener dos vacas, la remuneración de José sigue siendo la base principal de la reproducción familiar.

Para aliviar la carga de consumidores, Lorenza vive allegada a la casa de María. Además, otro hijo permanece en la casa de los suegros en Naranjito —a donde también José llega en las temporadas de la zafra— y sigue allá el colegio, ayudando además a su tío quien, casado con una costeña, tiene una sastrería. Tanto Lorenza como Felipe, la segunda hija, y en alguna medida también Pablo tienen ya sus propios ingresos. Las hermanas se dedican a engordar chanchos y criar cuyes —en base de un regalo inicial de la abuela— y compran su propia ropa con el dinero de las ventas. Pablo aporta con los ingresos que tiene, anteriormente como educador comunitario y ahora como profesor de primaria, además de lo que proviene de un pequeño cultivo de ajo en un retazo de terreno que su padre le prestó. Una vez, Felipe y Lorenza habían migrado a Guayaquil para ayudar a un tío en la venta de legumbres —un tipo de migración bastante proliferado entre las mujeres solteras de la comunidad. Pero cuando José se enteró de este viaje, se opuso a tal proyecto “no quiero que mis hijas y mi esposa se vayan a la costa. . .”.

“Darles una buena educación a mis hijos” —y se puede subrayar el plural masculino en vista de que José sacó las hermanas mayores del colegio cuando llegó a faltar mano de obra en la casa, Pablo habiendo salido al servicio militar— “eso es lo más importante para mí”. Este proyecto parte de la visión que las condiciones para una reproducción campesina sufren cada vez más un deterioro incontenible y que será imposible de proveer siquiera a una parte de sus hijos con una mínima base para una vida en el campo. Los hijos varones tendrán que migrar pero que lo hagan ya no como el padre, como mano de obra no-calificada, sino en calidad de profesionales para que “no sufran tanto y vayan superando”, meta que José considera no haber logrado en su vida. Esta ruptura conciente con un proyecto campesino de reproducción para la generación venidera —ya esbozado en su

propia biografía como asalariado rural a tiempo casi completo— condiciona una prolongada fase de dependencia económica de sus hijos y una inversión continua que sólo tarde se retribuirá. Además, porque es una visión todavía poco proliferada en la comunidad, causa ciertos conflictos sociales. Es quizá por eso, que los Pilamungas, en comparación con otras familias, activan sus lazos de parentesco en escala muy reducida y que José cogió todos sus compadres —siguiendo una tradición de sus padres— sólo entre mestizos pueblerinos, además de haber aceptado él únicamente en dos casos el compadrazgo pedido. “No quiero tener problemas con compadre indígenas” —y parece que así evita gastos que podrían ir en detrimento del proyecto familiar además de distanciarse un tanto de los comentarios críticos que desvalorizan la educación formal. No obstante, José fue elegido durante dos años como tesorero del cabildo y, aunque no cuenta entre las personas más influyentes de la comunidad, goza de algún respeto.

La “ruptura” aludida, entre dos generaciones y dos diferentes proyectos de reproducción —todavía incipiente y, aunque no sin conflictos internos, en buena medida aceptada y deseada por la familia— es palpable en muchos rasgos de la vida cotidiana. Manuela parece encarnar la base campesina de la familia. Hablando casi únicamente en quichua, vistiendo de bayetas gruesas, tiene su reino en la vieja cocina de adobe y paja y en la chacra alledaña. Es ella la que dispone todo lo necesario para la producción en las parcelas, que mantiene las limitadas relaciones de reciprocidad, que se encarga de la venta ocasional de un chanco en la feria de Cajabamba y de las compras semanales y que transmite a sus hijos las connotaciones culturales ideológicas que orientan la sobrevivencia diaria en la comunidad.

José parece ocupar un papel intermedio. Dominando tanto el quichua como el castellano, se desenvuelve ágilmente en el medio ambiente de San Carlos, allá viste camisa decorada de flores llamativas, pero siempre un tanto reservado frente a los “monos” a quienes en cierto sentido desprecia por su manera desmesurada de tomar y de hablar. En la costa, se dedica casi exclusivamente al trabajo, aprovechando cada oportunidad de hacer sobre-tiempo para adquirir un ingreso adicional. En las escasas semanas que pasa en la comunidad, para “descansar” —cuando llega, Manuela le sirve la comida no en la cocina sino en una mesa en el patio— se pone poncho y sombrero y pasa el tiempo en su casa, la de su cuñado que también es zafrero, o conversa en la tienda comunal. Sólo muy de vez en cuando “agarra a

tomar”.

Pablo, como representante del nuevo futuro, vestido de camisas delgadas bajo un saco de cuero, nunca puesto sombrero y raras veces poncho, aunque tiemble de frío, una carpeta bajo el brazo, camina como si fuera conciente de su papel como “pionero” entre sus compañeros migrantes-comerciantes, casi nunca participando cuando ellos juegan voley o “a la plancha”. En la casa, ocupa un cuarto para él solo —cama, radio-casette (más le gustan los boleros que los danzantes. . .), escritorio, máquina de escribir y un armario con unos pocos libros. . . Entiende quichua, pero no le gusta hablarlo. Antes de participar en fiestas “tradicionales”, prefiere ir al cine en Riobamba, pero sí se identifica con los proyectos de la comuna y sirvió durante una temporada como secretario en el cabildo. Antes de las elecciones se afilió al partido social-cristiano, para “tener palanque”. . . Enseña orgullosamente una foto de su novia —todavía no se casa porque su padre gastó recién mucho dinero en su graduación— una indígena bella, de una comunidad vecina, que estudia odontología en Quito y a la cual “ya no se nota que es indígena cuando ella no lo quiere”.

Pablo evalúa como “fracaso” la trayectoria laboral de su padre, aunque respeta los sacrificios que hace para la educación de sus hijos. “Para mí, todos los que trabajan en San Carlos tienen fracaso. No saben distribuir el tiempo, no saben otras actividades en qué emplearlo. Únicamente esperan la zafra, y el resto del tiempo gastan lo que han ganado. Al último, salen casi endeudados y nuevamente van a trabajar. . . Como mi papá está enseñado en este trabajo, no le gusta otro, como el negocio. No tiene iniciativa!”. Tener iniciativa, y más importante aún educación, es lo único para Pablo que puede romper este círculo. Su proyecto personal es combinar un trabajo en la ciudad —como profesional pero complementándolo con un negocio, porque “de profesor sólo no se puede vivir, y quiero tener una cosa buena”— con residencia aunque sea temporalmente en la comunidad, “porque nadie puede dejar la tierra donde nació”. Su proyección futura ya no provee un elemento campesino, pero sí, casi contradiciendo su apariencia, una identificación étnica: “Hay muchas chicas (mestizas) que me han dicho que no soy indígena, y yo les he dicho que sí soy indígena y que soy orgulloso de serlo. En primer lugar, porque amo a mi raza, y en segundo lugar, porque tengo mi preparación, no debo sentirme inferior a nadie. A mí, me han aculturizado, desde la escuela mismo, porque nadie me dió un ejemplo, ya perdí nuestras costumbres. Pero creo que es malo que estamos menosprestigiando a nuestra raza y nuestra cultura. Lo bueno sería: mantener nuestra pro-

pia cultura pero tener también nuestra preparación para que nadie nos pueda ofender""(3)

-
- (3) *Es sólo aquí que se presenta explícitamente una cuestión étnica como determinante del proyecto de reproducción. Pero incide también en los otros casos aunque sea indirectamente, p.e. en la forma de inserción al mundo "otro" y en los vínculos mantenidos con el lugar de origen. Sin embargo, la relación entre migración y etnicidad — lanzaría la hipótesis de que la migración lleva a una redefinición e incluso reforzamiento de la diferencia cultural antes que a una "aculturación" — es tan importante y a la vez compleja, que merece un tratamiento más detallado en otro trabajo.*